

SEMBLANZA DE LOS LEALES AMADORES

La cortesanía se le rezuma a la obra santillanesca; obra de aroma tenue, muy vaporable, como de fruto serondo. Don Iñigo nos cuenta en su "Diálogo de Bías contra Fortuna", cómo habiéndole señoleado la diosa con sus mercedes, el sabio de Priene se reporta diciéndose que no por medrar en esta vida de acá, es cosa de perder la de allá. Y luego nos describe su cielo, un paraíso a la Botticelli, donde entre doncellas y garzones, que son "polidos en sus fablas", podrá él:

"...cantando,
vivir siempre goçando
de cesar toda mudança."

Era el marqués un guerrero inclinado a las letras, cosa muy dada en su tiempo. Estando las armas ociosas, nada como esparcirse componiendo trovas; aunque, este de trovar, no sea un arte del todo fácil, pues el trovero, el rimador más bien, habrá de encañar el agua fresca y desbordante de los viejos monorrinos, en la creciente apretadura de las nuevas formas ocitánicas.

El juglar de antaño se ha vuelto el trovero de hogaño. Ya no es el sopón andante, el gorrista de todos los hostales donde para cuando la noche le saltea en medio del camino; y todavía es menos aquel tosco recitador que vertía un cantar de gesta, una saga gótica, ante los pecheros adunados en las plazas. No queda ya un Berceo que palpe la molla, la carne de los temas, antes de cubrir su vigorosa desnudez con la estameña de los tetrástrofos. Ahora señorea la forma; y con no ser más que esto, la forma, ella lo es todo; con ella se ha de cercar, se ha de rodear la oquedad lírica, el poemático

agujero, tal como según el dicho del rústico, fabrica el armero los cañones. Y los alejandrinos de antaño, cimbrados y acerados como lanzas, de puro encogerse, se han vuelto estas cañucelas de hogaño; cañucelas de justador, que sólo sirven para los torneos retóricos de las cortes de amor, para las requestas, los tenzones. Basta exprimir sobre los nervios de la estrofa unas gotitas ácidas, vivarachas, traviesas; pocas, apenas lo necesario para que tiemble una apariencia de vida.

El paso del trovero sólo deja señales de una excesiva destreza. Y es que no repara en tachones cuando se trata de ahogar una pulsación demasiado íntima, que haría temblar la mano, empañando la tersura de los versos. Y de aquí nace el que los del uno se hayan atribuido torcidamente al otro; el que hasta el coplero más desmañado haga suyos los conceptos eróticos de un Villasandino o de un Suero de Ribera; y también que el mayor incentivo para la lectura de las serranillas, sea la esperanza de hallar un verso, al menos, donde los respiros del marqués velen un poco la imperturbable transparencia...

...Prologando su cancionero, Juan Alfonso de Baena dice del poeta:

“...e otrossy sea amador, o que se finja de serlo, porque es opinión de muchos sabios que todo ome sea enamorado, conviene a saber, que ame a quien deve o como deve...”

Y en uno de los sonetos “fechos al modo itálico”, se pregunta:

“...Di que faremos del ordenamiento
De amor que priva toda señoría
E rige e manda nuestro sentimiento?”

Así reconviene don Iñigo a una dama zahereña, llevado menos de su afición, no muy ahincada, que de su prurito de cortesano, de amador muy versado en el “Ordenamiento del Amor”. Cuando más, descubre un poco el flanco al saetazo erótico, ojo avizor para que la llaga no ahonde mucho; así podrá sentir que se muera, sin morir:

“...siento que muero, e no me quexo.”

Y como el amor no le mana dentro del pecho, antes le saltea desde fuera, el amador apresta sus mejores armas defensivas. Gómez

Manrique aguarda bien pertrechado las acometidas, que ya le anuncian cajas y añafiles:

“...En una gran turbación
de los sones tanto fieros,
que los daños venideros
témelos el corazón,
a gran prisa demandé
las mis armas defensivas...”

Y luego de una brega enconada, las depono, dejando que Amor lo lleve:

“...a la su prisión tan fuerte,
do maldiga de la muerte”.

Sobre esta prisión de los leales amadores, nadie urdió metáforas tan revesadas como Diego de San Pedro, el de la “Cárcel de Amor”. Leal amador, tal pudiera ser el sobrenombre; y la empresa: “contra desvío, lealtad”; puesto que nace amor de los desvíos y de ellos se alimenta:

“...yo parto con gran dolor
por ir de vos apartado
yo parto muy amador
de vos que voy desamado...”.

(Gómez Manrique)

Pero se cuidaba que el repudio no fuese violento, no hiriese cuerdas que, por lo graves, nadie aún se atrevía a pulsar. Además, era el requiebro tan por lo suave, que a veces no se percataba de él la misma dama a quien se hacía. El amador se acomodaba, se había de acomodar a lo que ella sufriese; nada de apretarla con sarcasmos a lo Byron o lo Espronceda. Y si se ha de mostrar celos, lo que fué tenido por desvarío, que no fuera sino como un temblorcillo imperceptible; nada de improprios que desentonen como debió de desentonar aquel de Diego de Valencia:

“...Quien me ora de vos parte
e me pon en vuestra saña,
¡muerte muera supitaña
en que Dios non aya parte!

¿No se glorió Villasandino de tener muchos rivales?:

“...muchos ay que le servíen,
servían e servirán...”

Y asoma el enojo cuando añade:

“...otros ay que mal dysían,
mal dysen e mal dyrán”.

Frente a una dama zahereña, se juntan en paradógica hermandad los amadores.

Pero, ¿y el intenso, el hondísimo dolor de Macías?

“...Aquesta lanza sin falla,
¡Ay coytado!,
Non me la dieron del muro,
Nin la prise en la batalla,
¡Mal pecado!,
Mas viniendo a ti seguro,
Amor falso e perjuro
Me firió e sin tardança,
E fué tal la mi mudança
Syn ventura...”

Este doncel de don Enrique el Doliente, este sin ventura de Macías, tan envainado en su leyenda, ¿no quebraría las reglas del juego, viniendo la muerte a castigar tal descarrío? Santillana lo pone en la picota de su “Infierno”; para escarmiento de todos, sin duda. El morir suyo es la contranota del sugestivo, del contagioso suicidio de Werther. Mientras el goethiano amorador ha sido el señuelo de toda una generación, a Macías lo vieron desquiciado las gentes de su tiempo; asustábalas.

